

á la tierra. Y ¿dónde estaria yo, si no me hubiera amado tambien de esta manera? Despues de tantas ofensas, ¿cuál sería el estado de mi alma, si en el esceso de su amor, Jesus no me hubiera mirado con ternura? El justo debe al amor de Jesus su justicia, y el pecador su arrepentimiento y sus lágrimas, y ambos le deberán la perseverancia.

*Somos pecadores, vamos á convertirnos y á correspondier - Somos MÁXIMAS. discípulos de T. vamos á ayudar con oración y ejemplo. -*

*Amor celoso - Ya os veo que deseáis ser como lo apóstoles solo los médicos de los otros etc punto*

Preguntaba San Bernardo qué cosa pudo inducir á la Majestad divina á morir entre dos ladrones, como si fuera uno de ellos; y se contesta á sí mismo que está lo hizo el amor, el cual, al manifestarse, no busca lo que conviene á la dignidad del amante, sino lo que es útil al objeto amado <sup>1</sup>. Si la fe no nos asegurase que un Dios, feliz en sí mismo, ha amado con tanto esceso al hombre, que ha salido como fuera de sí por salvarlo, no pudiéramos creerlo. El amor de Jesus á los pecadores ha hecho que la sabiduría eterna se enloqueciese, anonadándose por ellos, como dice San Lorenzo Justiniano <sup>2</sup>.

*que nuestro apostolado sea de oración y edificación*

PROPOSITOS.

Prometamos al Señor no pasar un solo dia sin darle gracias por el amor que nos tenia, cuando estábamos separados de él por el pecado. Así, recordando nuestras iniquidades y el amor del Corazon

<sup>1</sup> ¿Quis fecit hoc? Fecit amor, dignitatis nescius.

<sup>2</sup> Vid. S. Alf. de Ligor. Práctica de amar á Jesucristo, capítulo 1.º, núm. 11.

de Jesus, lloraremos aquellas, y procuraremos responder á este, amándolo sobre todas las cosas.

AFFECTOS.

—

¡Cuántas veces, ó Jesus mio, me habria absorbido el dragon, si vos no me hubiérais estraído de su boca! Yo os ofendia, y vos me defendíais: yo no os temia, y vos me guardábais. ¡Cuántas veces me habeis sacado, sin sentirlo yo, de las puertas del infierno! Llegaba yo á su entrada, y vos me detuvisteis para que no cayese en él. Son innumerables los favores que os debo. ¿Con qué os los pagaré? Os amaré cuanto pueda, ya que no me sea posible amaros cuanto debo <sup>1</sup>.

Padre nuestro, etc., como el primer dia.

## DIA VII.

—

Todo se dirá como el primer dia, hasta la siguiente

### MEDITACION.

AMOR DEL CORAZON DE JESUS Á LOS CORAZONES ARREPENTIDOS.

—

PUNTO PRIMERO. Admirable es la economía de la Providencia divina con los pecadores, hácia los cuales casi siempre se muestra benigna, no confundéndolos con reprension áspera y manifiesta, sino con palabras amorosas, para infundirles el arrepentimiento.

<sup>1</sup> Augustin. Soliloq. cap. 16, 18.

timiento con suavidad <sup>1</sup>. Si alguna vez aquella voz, que parte los cedros del Líbano y hiende las rocas del desierto, se deja oír en el corazón del pecador obstinado, imprimiéndole terror, no lo hace Dios para que huya á esconderse de la presencia de la Majestad infinita, ante quien se inclinan los collados del mundo, sino para inspirarle un santo temor que lo mueva á entrar dentro de sí, arrepentirse de sus iniquidades y lavarlas en las aguas de una penitencia saludable, pues él mismo nos dice, que no intenta la muerte del pecador, sino que se convierta y viva <sup>2</sup>.

Mas, ¡qué dicha tan inefable sobreviene al alma que se conmueve, cuando Dios la dirige sus acentos para que salga del camino de perdición! Mientras el pecador vive olvidado de Dios y de su ley, anda este Dios amoroso, como el cazador disparando saetillas á la paloma fugitiva para herirla levemente en una ala, y cogerla antes que caiga en las uñas de las aves de rapiña. Si esta alma lasciva y extraviada llega á abrir su corazón á alguno de tantos dardos como la envía Dios, entonces este la sale al encuentro, la estrecha entre sus brazos, la aplica á su Corazón y la sella con sus ósculos de amor. Y como aquella empieza á amarlo como á fuente de toda justicia, empieza también él á descubrirla los tesoros del amor divino, que antes no podía ver, por hallarse obcecada en las tinieblas del pecado.

¡Ah! El amante Corazón de Jesús se deleita, cuando el pecador le entrega el suyo; porque, no queriendo atraer á sí á nadie con violencia, está

<sup>1</sup> S. Leo M. Serm. 7 de Passion.

<sup>2</sup> Ezechiel. cap. 33, v. 11.

esperando que nuestra voluntad, escitada por su gracia, corresponda á sus celestiales inspiraciones; si damos este primer paso, las riquezas del amor de todo un Dios se nos van descubriendo con una suavidad que nos extasia, llevándonos de una luz á otra, hasta introducirnos en el retrete mas escondido de la caridad divina. ¡Qué importa que nuestro corazón se haya revolcado antes en el cieno de los vicios? ¡Qué es toda la malicia de todos los hombres juntos, comparada con la bondad y el amor del Corazón de Jesús? Basta corresponder á la gracia celestial y detestar las culpas anteriores, deseando amar á Dios para siempre, pues al punto el dulce Corazón de Jesús pone en juego todos los resortes de su amor al pecador arrepentido.

Desde que el pecador por el dolor y la confesion de sus pecados, de enemigo que antes era, se ha vuelto amigo de Dios, empieza entre él y el Corazón de Jesús un trato amistoso, viendo este en el pecador convertido una conquista de su amor, que le es tanto mas cara, cuanto le ha sido mas difícil conseguirla, y contemplando aquel en Jesús al Hijo de Dios, al bien sumo, á quien tuviera la desdicha de haber perdido por la culpa, y ahora posee nuevamente por los esfuerzos de su infinita caridad. A medida que el pecador va perseverando en el amor de Dios, va conociendo mas perfectamente la voluntad divina, crece en él el dolor de haber ofendido al cielo, se humilla hasta el polvo y la nada, y del conocimiento profundo de su miseria, se eleva á pedir sin cesar la remision de los pecados y la perseverancia en el bien obrar. ¡Ah! Estas riquezas no pueden salir sino del Corazón de aquel, que hizo la luz en medio del caos del mundo, y enciende el fuego de

su amor en los corazones, aunque estén petrificados con el hielo del pecado. A este Corazon debemos aplicar el nuestro cada dia, para que desaparezca de él la frialdad de la culpa, y se convierta en una áscua encendida en el amor de Jesucristo.

PUNTO SEGUNDO. Como Jesucristo tiene derecho de propiedad sobre todas las almas por haberlas comprado con el precio de su sangre, de ahí es que, cuando alguna de ellas movida por su gracia se sustrae del dominio del enemigo, á quien se habia vendido por el pecado, y reconociendo su ingratitude, vuelve compungida y llorosa á los brazos del Redentor, se complace este en ella de una manera inefable. Aquella que antes era habitacion y presa de los espíritus infernales, una vez convertida á su Dios, empieza á ser objeto de sus complacencias, y hasta mueve á alegría al mismo Corazon divino, que no necesita de las criaturas para ser sumamente feliz <sup>1</sup>.

Bien claro se manifiesta el amor de este Corazon divino en las pruebas de generosidad, que da al pecador arrepenido. Era antes un ciego, que no podia ver la luz que ilumina á cuantos vienen á este mundo: era un paralítico, que no tenia fuerza para dar un paso hácia el cielo: era un mudo y sordo, que no daba entrada á las voces de su conciencia ni á las impresiones celestiales, ni articulaba una sola voz, para confesar el nombre divino; mas, apenas se ha prestado á las insinuaciones de Jesus, que sin cesar ha llamado á las puertas de su corazon, lo toca con suavidad, cura los sentidos del alma, la vuelve ágil

<sup>1</sup> Complacuit Domino in te... et gaudebit super te Deus tuus. (Isai. cap. 62, v. 5.)

para caminar á Dios, y ansiosa de oír su voz, y la da palabras elocuentes, con que publique sin cesar las bondades divinas.

Y, ¡cuán poco es esto para el Corazon amante de Jesus, que no se complace sino en perdonar á los pecadores y hacerles bien! Aún no ha acabado el pecador de decir que ha ofendido al cielo y á Dios, cuando ya se ha dado la orden para que sea cubierta su desnudez, y se le vista la ropa mas preciosa de los armarios divinos, poniendo además un anillo en su dedo, calzando sus pies, y por fin preparando un convite, en el cual se dé al nuevo hijo el manjar mas esquisito que hay en la casa de Dios, y el precioso licor, que es la envidia de los ángeles <sup>1</sup>. Y si tan espléndido y generoso se muestra Dios con el pecador en los primeros momentos de su dolor por haberlo ofendido ¡cuánta no será su munificencia, cuando esta alma radicada y fundada en la caridad, vaya comprendiendo toda la malicia del pecado, y la sublimidad y estension del amor gratuito de Dios en haberla llamado, perdonado, recibido en su gracia y adornado de sus inestimables dones? A medida de su correspondencia á las gracias del cielo, irán creciendo los favores del Corazon amoroso de Jesus.

¿Qué podrá, por tanto, temer el pecador, cuando ve que el Corazon de Jesus, que es todo amor y cariño, se le entrega todo entero? ¿Qué confianza no le inspirará este Dios, cuando ha visto que al confesar sus yerros, no le ha dejado este Padre amoroso concluir la oracion en que declara su indignidad, pues apenas ha empezado á hablar, ha ordenado con presteza que sea honrado como hijo? <sup>2</sup> No hay

<sup>1</sup> Luc. cap. 15, vv. 22, 23.    <sup>2</sup> Luc. cap. 15, v. 21.

en la tierra cosa alguna, por deliciosa que sea, con la cual puedan compararse la alegría y la dicha del pecador arrepentido, cuando oye que Dios le da el dictado de hijo. O buen Jesus, esclama entonces, tú me has iluminado como un sol, y me has mostrado el estado que tenia, dirigiéndome tu voz y diciéndome; confía, que yo te he redimido. Si te vuelves á mí, saldrás de los males en que estabas, no caerás en el abismo, á donde ibas, y entrarás en mi reino <sup>1</sup>. Conoce tambien entonces el pecador su miseria, se abisma en su bajeza, se anonada al ver lo que Dios lo ama á pesar de su indignidad, y cuanto mas se humilla, mas amor le muestra el Corazon de Jesus. ¡Dichosos mil veces los pecadores que lloran sus culpas, pues entrarán á gozar de la amistad de todo un Dios, quien asegura que, aunque fueran antes sus almas como una escarlata, las ha de volver blancas como la nieve <sup>2</sup>. Pidamos al Señor la virtud de la penitencia, si hemos tenido la desgracia de perder la inocencia.

#### EJEMPLO.

Santa Margarita de Cortona es un modelo de pecadores arrepentidos, pues habiendo pasado algunos años en liviandades, tocada al fin por la gracia del Señor, aborreció con tanto extremo sus pecados, y lo que fuera ocasion de ellos, que, á no haber mediado el mandato de su confesor que se le prohibió, hubiera afeado con dilaceraciones sangrientas toda la hermosura de su rostro; y ya que esto no se la

<sup>1</sup> S. Anselm. Medit. de Redemptor. cap. 6.

<sup>2</sup> Isai. cap. 1, v. 18.

permitiera, castigó su cuerpo toda su vida, mereciendo que Jesus la amase tanto, que la llegase á preguntar lo que queria de él en premio de sus obras. Tanto ama Jesucristo á los que, entrando dentro de sí, detestan sus culpas y sirven al Señor en humildad.

#### MÁXIMAS Y PROPÓSITOS.

Dice San Juan Crisóstomo que no exigirá Dios de nosotros que abrumemos nuestros cuerpos con el peso de los cilicios; pero, si nos exige que con contricion y humildad recordemos nuestras culpas y las lloremos <sup>1</sup>. Es decir, que debemos hacer penitencia habitualmente, teniendo gran displicencia de los pecados pasados, evitando los presentes, precaviendo los futuros y rechazando todo mal con la gracia de Dios, pues en esto consiste la verdadera penitencia <sup>2</sup>. Prometamos al Señor no recordar jamás nuestras culpas, sin llorarlas amargamente, por haber sido causa de las penas del Corazon de Jesus, que tan tiernamente nos ama, cuando nos arrepentimos.

#### AFECTOS.

O Dios mio, yo no sé dónde estaba yo, cuando os ofendia; vos me mirábais y yo declinaba mi vista á las criaturas: vos me perseguíais con vuestro amor, y yo prefería las vanidades de la tierra, despreciando las riquezas del cielo, porque no me las

<sup>1</sup> Lib. 1.º de compunction. cordis.

<sup>2</sup> S. Augustin. serm. 27 de tempor.

dejaba conocer la ceguedad en que estaba; lo recuerdo con tristeza y amargura, y me ruborizo al oír las reprensiones de mi corazón <sup>1</sup>. Pero vos me habeis mirado, ayudado y consolado, teniendo piedad de mí <sup>2</sup>.

Padre nuestro, etc., como el primer día.

## DIA VIII.

*Todo se dice como el primer día, hasta la siguiente*

### MEDITACION.

#### COMPLACENCIA DEL CORAZON DE JESUS EN LAS ALMAS JUSTAS.

PUNTO PRIMERO. Hay en las almas justas una hermosura, tanto mas apreciable que la belleza que vemos en los cuerpos, cuanto excede el cielo á la tierra, y el espíritu á la materia: y consiste aquella en la docilidad y obediencia al esposo celestial, para recibir su yugo y ser gobernadas por él, siguiéndolo ciegamente á donde quiera que las guie <sup>3</sup>. Es interior toda esta belleza, invisible á los sentidos; pero clara y manifiesta á aquel, que escudriña nuestros mas íntimos pensamientos, y lee cuanto escondido

<sup>1</sup> Tota die verecundia mea contra me est: à voce exprobrantis. (Psalm. 43, v. 16.)

<sup>2</sup> Quoniam tu, Domine, adjuvisti me et consolatus es me. (Psalm. 35, v. 15.)

<sup>3</sup> Hi sequuntur Agnum, quocumque ierit. (Apocalyp. capítulo 14, v. 4.)

demo en los repliegues mas oscuros de nuestros corazones. Poco importa que esté las mas veces esta hermosura acompañada de un exterior abyecto, y de apariencias viles y despreciables, segun los juicios del mundo y el dictámen de la ciencia carnal; pues entre estas espinas sale lozana y olorosa la blanca azucena <sup>1</sup>, que merece el aprecio del esposo de las almas justas, y bajo esta aparente negrura existe aquella belleza encantadora, que enamora al Rey celestial <sup>2</sup>.

¡Qué preciosas son para el Corazon de Jesus aquellas almas, que habiendo sido en otro tiempo esclavas de Satanás por la culpa, fueran rescatadas con el precio de su sangre divina, y una vez revestidas con la cándida estola de la inocencia, viven enteramente trasformadas en la imagen del mismo Jesus, no pensando sino en él, ni amando nada que no sea en Dios, por Dios y para Dios, haciendo en todo su voluntad, y buscando en todo su gloria! ¡Qué placer no siente ese Corazon, que es todo amor, al ver que esas almas suspiran sin cesar, por saber dónde habita el objeto de su cariño, y sin temor á los abrasadores rayos del sol de mediodía, van á la soledad para encontrarlo! <sup>3</sup> ¡Cómo se complace, cuando habiendo llamado á las puertas de estas almas, y retirándose prontamente, por no haber estas respondido al momento, ve que desfallecen de sentimiento y dolor de no encontrarlo, y que, saliendo presurosas, bañadas de amarguísima mirra de penitencia, corren por todas partes, no temiendo ser despojadas de cuanto tienen, y sufrir los golpes y

<sup>1</sup> Cant. cap. 2, v. 2.

<sup>2</sup> Psal. 44, v. 12.

<sup>3</sup> Cant. cap. 1, v. 6.

las heridas de los transeuntes, por recuperar el bien perdido! <sup>1</sup>

Son tantos y tan inefables los cariños que el Corazon de Jesus tiene reservados para estas almas, que aun ellas mismas, despues de haberlos probado, no pueden comprenderlos, por provenir de aquel amor infinito que Dios las ha tenido, el cual es el principio y fundamento de toda su felicidad. Jesus las dirige á menudo sus tiernos acentos, llamándolas hermanas, esposas suyas <sup>2</sup>: y es esta sola palabra tan beatificadora, que al oirla, no sabe el alma de qué admirarse mas, si de su infinita dicha en ser amada de Dios, ó de la inesplicable dignacion de este mismo Dios, en amar con tanto extremo á una pobre criatura, que la haga esposa suya para siempre <sup>3</sup>.

Y verdaderamente, hay para anonadarse, al contemplar los escesos del amor de Jesus: pues no se desdeña este Dios, que tiene por alcázar los cielos estrellados y por escabel de su trono las alas de los querubines, de acercarse á su criatura, que gratuitamente fue criada para el cielo, y habiéndolo perdido, lo volvió á hallar en el amor infinito de su Criador, que quiso redimirla. Y, ¿para qué se aproxima este amante Jesus? Para decirla, que su fe y sumision al esposo divino le han herido el Corazon, y que todo está en ella tan bien ordenado, hallándose unida á él en caridad, que es toda hermosa y sin mancilla <sup>4</sup>. Pero no nos equivoquemos: nunca tendremos esta dicha, si nuestra alma vive entre el

<sup>1</sup> Cant., cap. 5, v. 7.

<sup>2</sup> Cant., cap. 4, v. 9.

<sup>3</sup> Sponsabo te mihi in sempiternum. (Ose., cap. 2. v. 19.)

<sup>4</sup> Cant., cap. 4, v. 7.

bullicio de las vanidades del siglo. Huyamos del mundo, pues solo del alma solitaria, dice el Señor que hablará á su corazon <sup>5</sup>.

PUNTO SEGUNDO. Mucho importa saber la causa por qué el Corazon de Jesus se complace tanto en las almas justas, para que, siendo ilustrados en esta ciencia del amor de Dios, pretendamos con santa emulacion merecer sus cariños. Grande es la hermosura de estas almas, pues son acreedoras al amor del esposo celestial: pero es mayor infinitamente la de este esposo; y como anhelan aquellas por asemejarsele, como suspiran por estar tan íntimamente unidas á él, que desean vivir con su propia vida y respirar con su mismo Corazon, ve el esposo celestial en cada una de ellas una copia de sus divinas escelencias, y no puede menos de amarlas con ternura, pues su belleza no es sino un ligero reflejo de su infinita hermosura, que él mismo ha imprimido en ellas. Porque, así como llevamos en nosotros la imagen natural de la esencia divina, así podemos delinear en nuestras almas con la gracia divina la semejanza de las virtudes de nuestro Padre celestial, siendo perfectos como lo es él <sup>2</sup>.

¿Qué hacen, pues, estas almas para merecer el cariño del Corazon de Jesus? Delinear en sí mismas el retrato del Verbo divino humillado, y anonadado por nosotros en la naturaleza humana que tomó. Para conseguirlo, renuncian totalmente al amor de la carne y la sangre; abandonan las cosas visibles, reputándolas por estiércol; se desprenden de cuanto halague los sentidos, crucificando la carne con sus

<sup>1</sup> Ose. cap. 2, v. 14.

<sup>2</sup> Galat. cap. 2, v. 20.

vicios y concupiscencias <sup>1</sup>, y llevando en sí la mortificación de Jesús, como el medio de retratarlo aun en sus cuerpos <sup>2</sup>, y hacen el sacrificio de todo su compuesto, sin reservarse nada para sí. Su gloria consiste en sujetar su razón á la de Dios: su dicha, en amar á este Dios sobre todas las cosas, y á todos los hombres en él y por él; y si por su gloria, y por el bien de los hermanos, es necesario renunciar á la fama y á la vida, siendo Cristo su vida, reputan el morir por ganancia, y el padecer, por galardón <sup>3</sup>.

Son entonces estas almas negras en la apariencia exterior de persecuciones y privaciones; pero tienen interiormente una belleza, por la cual se asemejan al que, siendo Rey inmortal de los siglos, pasó sin gloria entre los hombres <sup>4</sup>. Son como de inocente tórtola sus mejillas <sup>5</sup>, porque su corazón no encierra sino candor y pureza. Grandes y resplandecientes son sus ojos como los de la paloma, porque todas sus obras son dirigidas con recta intención, asemejándose en todo al que obedeció á su Padre hasta la muerte, buscando en todo la gloria de su eterno nombre. Asemejándose tanto estas almas al esposo celestial ¿cómo no las amará este? Las ama, son su gozo, su gloria y su recreo, porque en cada una de ellas se ve retratado con rasgos los más delicados y perfectos.

Podrá acaecer alguna vez, que no respondan estas almas al llamamiento de su esposo tan pronto como debieran, porque están revestidas de una carne flaca y miserable; pero apenas han visto que el es-

<sup>1</sup> Galat. cap. 5, v. 22.

<sup>2</sup> Cor. 2.<sup>a</sup> cap. 4, v. 10.

<sup>3</sup> Philip. cap. 1, v. 21.

<sup>4</sup> Isai. cap. 52, v. 14.

<sup>5</sup> Cant. cap. 1, v. 9.

poso ha pasado de largo <sup>1</sup>, se levantan con presteza, salen á buscarlo con indescriptible solicitud, redoblan su fervor primero, y preguntan á todas las criaturas por el objeto de su amor, llorando sin cesar el haberlo perdido, y no temiendo, como la Magdalena, desafiar aun á los que aparecen ser muy fuertes, con tal de hallarlo. Entonces este las sale al encuentro, y lleno de amor al contemplar tanto heroísmo, no solo las consuela, sino que confiesa que su Corazón está herido por las suaves miradas del alma pura, á quien dice con cariño que jamás deje de mirarlo <sup>2</sup>. ¡O Jesús dulcísimo! ¿Qué tesoros de amor encierra tu Corazón para las almas que te aman! ¿Qué deliquios tan inefables! ¿Qué alegrías tan puras! ¿Qué ansias tan consoladoras forman la alternativa de su vida! ¡Ah! Y estas dulzuras no son, ni una gota del torrente con que embriagarás á tus esposas en el cielo. Sé bendito, Señor, sé bendito por tu amor para con los hombres. Al considerar esto, no debemos pensar sino en pedir á Dios una cosa, diciendo con David: *Una sola cosa pido al Señor, y la buscaré sin cesar, y es, el habitar siempre en su casa y el ver sus delicias* <sup>3</sup>.

#### EJEMPLO.

El gloriosísimo Padre San Francisco de Asís estaba tan inflamado en el amor de Jesús, que día y noche pensaba en los tormentos que padeció su cuerpo, y en los dolores que sufrió su sagrado Corazón; tenía tan presente á Jesús paciente, que lloraba de pena, como si asistiera á las escenas de la Pasión.

<sup>1</sup> Cant. cap. 5, v. 6.

<sup>2</sup> Cant. cap. 6, v. 4.

<sup>3</sup> Psal. 26, v. 4.

Pero en cambio, se complacia tanto en él el Salvador, que muy á menudo se le aparecia acompañado de su Madre Santísima, ó le enviaba sus ángeles, para que lo consolasen y le sirvieran. Estos favores, unidos á aquella fe viva, y á la ardiente caridad que o abrasaba, le obligaban á decir continuamente estas palabras: *Es tan grande el bien que espero poseer, que toda pena, por lograrlo, paréceme un placer.*

## MÁXIMAS.

Si queremos ser un objeto de complacencia al Corazon de Jesus, nos hemos de resolver á no hacer ni decir, ni pensar nada, que no sea para agradarle, proponiendo ofrecerle, cada dia y cada hora, todas nuestras acciones, de manera que nada hagamos, que no sea por su amor; así cumpliremos el precepto del Apóstol, que dice: «Si comeis, ó si bebeis, ó hacéis cualquiera otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios <sup>1</sup>; hacedlo en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, dando gracias por él á Dios Padre» <sup>2</sup>. Esto será la prueba del amor que tenemos á Jesus, el cual consiste en obedecerle <sup>3</sup>.

## AFECTOS.

O Dios mio, vos me amais para que yo os ame, porque sabeis que es dichoso quien tiene vuestro amor. Y, ¿qué soy yo, Dios mio, para que me mandeis amaros, enojándoos, si no lo hiciere? <sup>4</sup> Confieso,

<sup>1</sup> Corint. 1.<sup>a</sup> cap. 10, v. 31.    <sup>2</sup> Colos. cap. 3, v. 17.

<sup>3</sup> Hoc est amor, obedire ei, qui diligitur. (Chrysost. hom. 74 in Joan.)

<sup>4</sup> August. lib. 1 Confes., cap. 5.

ó buen Jesus, que siempre he sido frio en amaros; dignaos auxiliarme y encenderme del todo en vuestro afecto, para que el mio se dirija á vuestro Corazon <sup>1</sup>.

Padre nuestro, etc., *como el primer dia.*

## DIA IX.

*Todo se dice como el primer dia, hasta la siguiente*

## MEDITACION.

## HUMILDAD DEL CORAZON DE JESUS.

PUNTO PRIMERO. Era el orgullo el que precipitara del cielo á los ángeles, y arrojara del paraíso al hombre, quedando cerrada para siempre la entrada de la eterna bienaventuranza á los primeros, y siendo el segundo condenado á los dolores del tiempo y á las penas de la eternidad. Y hubiera sido irremisible el anatema contra el linage humano, á no haberse conmovido misericordiosamente las entrañas del Señor, que no quiso permitir que, por la malicia de un espíritu, quedasen frustrados los designios de amor, que tuviera desde la eternidad respecto del hombre. Porque, ya que este con altivez habia intentado poseer lo que Dios no le daba, perdiendo por su arrogancia lo que graciosamente le habia concedido, tuvo el mismo Señor la bondad de decretar, que fuese el género humano reintegrado

<sup>1</sup> Idiota cont. divin. Amor. cap. 1.